

# 6

## Producciones colectivas en tiempos de pandemia

Jóvenxs investigadorxs del IDAES  
discuten impactos sociales,  
económicos y culturales del  
COVID-19

**Crear en lo invisible,  
domesticar el ritual.  
Coronavirus y  
espiritualidad.**

Mariana Abalos Irazabal, María Soledad del Río, Yanina Faccio  
y María Bargo

Podemos afirmar que la creencia en que cierta cosa existe -sea accesible a nuestros sentidos o no lo sea- genera alteraciones concretas sobre el curso de nuestras acciones cotidianas. En los tiempos que corren, esta afirmación se ha tornado una evidencia recurrente. En efecto, el coronavirus -entidad que, en principio, no nos es posible ver- ha puesto en movimiento un abanico de reacciones por parte de la población en general, tanto entre quienes impregnan su vida de prácticas espirituales como entre quienes no lo hacen.

Aquí nos proponemos específicamente pensar las implicancias que tienen la pandemia y, particularmente, la cuarentena para las cosmologías y las acciones espirituales y religiosas. ¿Cómo es explicado el fenómeno del coronavirus desde diferentes ámbitos religiosos y espirituales?, ¿cómo la reclusión obligatoria altera los actos religiosos? Según lo venimos observando, esta nueva creencia en una entidad invisible se superpone con otras, modificando prácticas cotidianas, sacralizando espacios de manera novedosa, suspendiendo o posponiendo obligaciones, y recluyendo la religión y la espiritualidad a los límites del hogar.

Bajo la consigna “quedate en casa” y sumidos/as en un aislamiento social, preventivo y obligatorio, las redes sociales se volvieron, más que nunca, nuestras fieles compañeras. Se han convertido en presencias perpetuas en nuestra vida, funcionando como medios de comunicación y sociabilidad, ya capaces de acortar las distancias y acercarnos a familiares y amigos/as, ya suministrándonos recetas de cocina y tutoriales con *tips* sobre cómo protegernos y proteger a los demás (armar tapabocas caseros, lavarse correctamente las manos, desinfectar las compras, etc).

Este proceso también impacta, por supuesto, sobre las prácticas espirituales y religiosas. Estas instancias fueron desplazadas forzosa y casi totalmente a las redes sociales y a la virtualidad para mantener cierto lazo y presencia con sus seguidores. Nuestra propuesta es que esta tendencia constituye un proceso de “domesticación” de las prácticas religiosas y espirituales. Con este concepto no nos referimos a que dichas acciones se hayan vuelto privadas o individuales sino más bien a la constatación de que se está dando un confinamiento de lo sagrado al ámbito del hogar, con un nivel de intensidad imprevisto. Es decir, la cuarentena no solo impuso el encierro de las personas en sus hogares, sino también el de lo sagrado que ellas abrazan. Hacer unos meses, la gente debía ir a la “Casa de Dios” -la Iglesia- para poder comulgar con Él. Ahora, es Dios quien va a la casa de las personas (misas y bendiciones por *streaming* mediante) para asegurar que ese vínculo ritual se continúe actualizando.

Al mismo tiempo, estos cambios de orden práctico frecuentemente van acompañados por distintas concepciones acerca del virus, la pandemia y el aislamiento social, afines a cada disciplina religiosa o espiritual de la que hablemos. Algunos sectores de las religiones abrahámicas (como el judaísmo, el cristianismo y el islam)<sup>1</sup>, por ejemplo, entienden a la pandemia como un castigo por ciertas prácticas y tendencias mundiales consideradas inmorales. Un ejemplo de ellas es la llamada “cultura de la muerte”, generalmente vinculada con cuestiones tales como el extractivismo, las guerras, el aborto o la eutanasia; también, con ideas y acciones entendidas como “antinaturales”, como la homosexualidad o el cuestionamiento a los modelos de la familia tradicional, entre otras cosas. Desde estas perspectivas, el virus es interpretado como una especie de castigo divino que, de manera brusca, nos enfrenta a nuestros errores y nos da la oportunidad de retomar el rumbo certero.

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, las siguientes noticias referentes a pronunciamientos de autoridades eclesiales o políticas pertenecientes a cada una de estas tradiciones, expresan dicha postura: [aquí](#) y [aquí](#).

Entre los adeptos a ciertas prácticas chamánicas y *new age*, la pandemia es interpretada como un momento para propiciar el despertar de la consciencia y como un modo de sanar la Madre Tierra, al disminuir la intervención humana sobre su faz -este último sentido, de hecho, está extendido más allá de los círculos de practicantes de alguna disciplina *new age*, como bien se ve en numerosas fotografías que han circulado por las redes-. Hay quienes, incluso, interpretan las consecuencias de la enfermedad como un modo de pagar el karma de ciertos imperios históricos, tales como Italia o España.

Otras miradas menos radicales proponen entender la coyuntura actual como una oportunidad para el encuentro con nuestros vínculos más cercanos o con nosotros mismos y con Dios, o deidades varias. Desde esta perspectiva, la situación actual nos permitiría un retorno a los valores esenciales, tales como la familia, las amistades, la comunidad. Al fin de cuentas: ¿quién no aprovechó el “tiempo en casa” para, por ejemplo, llamar finalmente a la abuela?, ¿quién no dinamizó grupos de *Whatsapp* con amigos, compañeros de estudio o de trabajo que estaban silenciados?

En lo tocante al orden ritual, un fenómeno específico, al menos en el caso de las religiones abrahámicas, es el traslado de ciertas prácticas piadosas comunitarias y de algunos sacramentos al cyber-espacio o a la reclusión del hogar. Si bien la transmisión de misas o celebraciones por TV o *streaming* no es una novedad, el traspaso total a estos medios y la “suspensión” de algunos preceptos<sup>2</sup>, no tienen precedentes tan globales y radicales como los actuales.

Si nos acercamos a las espiritualidades *New Age*, podemos decir que, a diferencia de los casos recién mencionados, ya solían utilizar, de manera previa a la pandemia, las redes sociales y la virtualidad como medios de difusión y como espacios de interacción entre sus practicantes. En estos soportes se solían compartir, sobre todo, experiencias personales a través de fotografías de sus actividades o reflexiones acerca de ellas. Ahora bien, con el aislamiento obligatorio, estos usos se intensificaron y comenzaron a abarcar también otros, de orden estrictamente ritual. *Facebook* e *Instagram*, por ejemplo, pasaron a ser canales de contención y espacios para continuar con el desarrollo de algunas de las prácticas de cada grupo. De esta manera, por ejemplo, un centro holístico ubicado en la ciudad de Buenos Aires dedicado al bienestar espiritual y emocional utiliza su cuenta de *Instagram* para continuar con sus “meditaciones chamánicas”.

Se trata de meditaciones grupales guiadas por ícaros (cantos medicinales), sonidos de instrumentos musicales (como cuencos tibetanos, didgeridoos, gongs, guitarras acústicas, maracas, tambores y flautas de madera) y, además, por el humo del mapacho (tabaco amazónico cuyo humo es considerado sanador). Normalmente, el mapacho es fumado en pipas de madera y luego exhalado sobre la cabeza, el pecho y las manos físicas de quienes participan de la ceremonia. En la actualidad, si bien la cuarentena obligatoria suspendió el contacto corporal, el hálito del “tabaquito” -junto con la intención sanadora de quienes lo soplan- nos llega a través de la pantalla de nuestros celulares, tablets o computadora, de modo tal que quedamos sahumados cámara mediante.

Por supuesto, estas reactualizaciones de las prácticas a la virtualidad no se dan sin resistencias. Hay quienes, por ejemplo, reclaman que les devuelvan la misa<sup>3</sup>. En este sentido, lejos está este escrito de pretender ridiculizar dichos reclamos. De hecho, celebraciones del tipo, son ámbitos de encuentro comunitario, de sociabilidad y, con sinceridad, ¿quién no desea reencontrarse con *su gente*?, ¿quién no anhela algo de cercanía y contacto físico? Hay grupos etarios, como las

---

<sup>2</sup> Ver más [aquí](#).

<sup>3</sup> Si bien una primera versión surgida en España se viralizó, el [video](#) ya tiene su correlato local.

mujeres adultas mayores, que encuentran en la misa diaria un momento para ellas, para salir de su casa, para encontrarse con sus amigas, para organizar la rutina y ¿cómo hacen las señoras/ doñas para acostumbrarse a *ir* a misa en un *vivo de Instagram*? ¡También solemos ir al templo del saber universitario desplazándonos físicamente en el espacio concreto y las actuales clases por Zoom no nos resultan del todo agradables ni simples de acompañar!

Las casas siempre han tenido espacios, momentos y objetos sagrados. ¿Qué decir de los rezos antes de dormir?, ¿de las cruces y figuras de la virgen?, ¿de las ceremonias de meditación que se hacen en livings de casas? Si bien, pensando en estos atributos y prácticas espaciales, lo sagrado no se configura como un campo aparte de lo doméstico, queda claro que la pandemia ha desencadenado procesos de sacralización en el hogar de manera mucho más intensa. Rezos colectivos vía Skype, cadenas de oración por *Whatsapp* (ya incipientes pre COVID-19, ahora casi inevitables), vía crucis por *streaming*, celebraciones de Semana Santa por canales de *Youtube*, charlas por vivo de Instagram y misas por Zoom. Desde casa y encontrándonos en la *nube*, no en el cielo aún. Por otra parte, incluso entre quienes no adscriben a ninguna práctica religiosa o espiritual específica, la experiencia de la cuarentena y del encierro en el hogar ha sido frecuentemente enunciada bajo enunciados ligados al orden de la religión; más de una vez hemos oído y visto que este período es interpretado como un “retiro espiritual” por quienes nunca han hecho uno en su vida -y, claro está, por quienes no tienen gente a su cuidado en casa-. La soledad, el aislamiento del orden cotidiano más normalizado, el tiempo de reflexión quedan muchas veces ligados, en el orden de la expresión discursiva, a instancias religiosas.

En el orden de los rituales corporales fuera del confinamiento, el catolicismo específicamente puede proponer el cuidado de la vestimenta para determinadas ocasiones e incluso hacer sugerencias al respecto para la vida cotidiana. Lo mismo con ciertas acciones preparatorias para recibir a Dios; hay quienes, por ejemplo, no ingieren alimentos una hora antes de la comunión.

Algunas de estas prácticas de cuidado, al menos para los rituales católicos, se mantienen y otras menos desde el estar en casa. Y a ellas se suman, en todos los casos, abarcando también a quienes no llevan adelante prácticas espirituales en sí mismas, una cantidad de rituales corporales imprevista: nuevos modos de vestir (uso de barbijos, mascarar, guantes o ropa puntual para salir de casa) y de higienización y purificación/ablución muy puntuales y estrictos (de los objetos, alimentos, las personas) que llevan a que el común de la gente experimente algo de las ritualidades corporales asociadas, en diversas religiones, a la purificación de ciertos espacios y agentes.

En efecto, la pandemia y la cuarentena han pintado el espacio de nuestros hogares de un carácter notablemente sagrado. Para salir e ingresar al lugar, respetamos diariamente un ritual con una serie de pasos a seguir. Al salir, nos colocamos los barbijos o tapabocas y nos guardamos un alcohol en gel en los bolsillos para protegernos de las impurezas que habitan en el exterior de nuestro “templo/casa”... Luego, al volver al recinto sagrado, nos liberamos de esos elementos corrompidos por el mundo exterior, realizamos un ritual de ablución/higienización y, una vez “purificados” ya nos sentimos dignos de transitar por las habitaciones otra vez. Estos rituales son indicados por profesionales de la medicina, quienes de golpe se transformaron en nuestras autoridades morales sobre cómo proceder correctamente en esta pandemia para cuidarnos y cuidar a otros. ¿Acaso no suena parecido a la figura sacerdotal que te recuerda que hay que “amar al prójimo como a uno mismo”? Incluso, nos enseñan y transmiten canciones con las cuales acompañar uno de esos rituales -el lavado de manos- y saber cuándo lo hemos iniciado y terminado... ¡Y pensar que los cánticos ceremoniales en las distintas religiones tienen, muchas veces, la misma función de indicar el inicio y fin de determinados rituales! Nosotros, simples mortales, legitimamos todos estos designios rituales, los respetamos y los reproducimos... e, incluso, muchas veces nos convertimos en fieles controladores de que todas las personas

acaten las normas morales (¡cuántas personas han denunciado a sus vecinos por haber ido a comprar de a dos al almacén de la esquina!).

Reflexionando sobre estas cuestiones, finalmente, identificamos que lo que circula de fondo haciendo todo esto posible, es nuestra creencia en este ser invisible, omnipresente y poderoso. ¿Una deidad? No: un virus. No lo vemos ni tampoco lo entendemos bien, pero *sabemos* que está allí, a nuestro alrededor, en todos lados... Y le tememos en silencio, procuramos no distraernos de nuestros cuidados y de tener una correcta disciplina, porque lo que menos queremos es que ese ser poderoso e invisible se vuelva en nuestra contra. Es por eso que diariamente llevamos a cabo un ritual riguroso, porque nos dijeron que así es la forma correcta de mantenerlo tranquilo y controlarlo, y confiamos casi ciegamente en la palabra de quienes nos lo enseñaron... ¿Quién hubiera dicho que al final todos nos volveríamos creyentes y practicantes fuertemente disciplinados de un día para el otro?, ¿o será que en realidad ya llevábamos con nosotros una mirada sacralizada del mundo y la teníamos oculta en nuestro interior?



**Instituto de Altos  
Estudios Sociales**  
IDAES\_UNSAM